



ACTO PRIMERO

Un patio del nuevo alcázar real de Sevilla. Al fondo, una galería de columnas que da a un jardín, separada de éste por una verja de hierro. A la izquierda, en primer término, una puerta árabe, cubierta por un rico tapiz oriental, y un ajimez. A la derecha, dos puertas, cubiertas también por ricos tapices.

ESCENA PRIMERA

FERNAN RUIZ DE CASTRO, DON JUAN DE LA CERDA
Y SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO

SANCHO

¡Más nos valiera vivir
como esclavos prisioneros
en la corte de un emir,
que ser aquí caballeros!
Pues, ¡oh, suerte desdichada!
menos a un noble le humilla
vivir cautivo en Granada
que andar libre por Castilla!

CERDA

El moro blande el lanzón
y nos tala la frontera;
Portugal su presa espera
y nos acecha Aragón.
Navarra pasa la raya,
y las galeras inglesas,
en Galicia y en Vizcaya
quemán naves y hacen presas.

CASTRO

Las contiendas interiores
causan más hondos quebrantos,
porque hay en Castilla tantos
monarcas como señores...

SANCHO

¡Si don Alfonso pudiera
dejar la tumba...!

CASTRO

No por culpa
culpa a don Alfonso toca
—y acaso la tenga entera—
de los males actuales,
pues dejó, como sabéis,
un hijo: don Pedro, y seis
nobles bastardos reales.
Su reino entre ellos partió,
¡vive Dios, con poca ley!,
que a los bastardos dejó

casi tanto como al rey.
Y más tierra castellana
tienen en feudos, hoy día,
los hijos de la Guzmána,
que el de la reina María.

SANCHO

Además, por otra parte,
propagan la rebelión
levantando su estandarte
los infantes de Aragón,
primos del rey, y el valido
Alburquerque, el portugués...
En fin... Tres bandos... Los tres
el reino se han repartido.
Y ver Castilla consterna,
¡que es el cetro castellano
muy duro, para la mano
juvenil que nos gobierna...!

CASTRO

¡Mas no se rinde, en verdad,
de don Pedro la altivez:
lo que le falta de edad
le sobra de intrepidez!
Callad, callad, castellanos...
¿Qué pedís y qué queréis?
¿De qué os quejáis, si tenéis
el remedio en vuestras manos?
¡Rebelaos contra el medro
de bastardas ambiciones;

congregad vuestros pendones
 en torno del rey don Pedro!
 ¡Prestad fuerza a su mesnada,
 y haced del guión real
 el estandarte ideal
 de alguna nueva cruzada!
 Y entonces, si ruge airado
 el cachorro del león,
 el inglés huirá asustado;
 y Navarra y Aragón,
 y Granada y Portugal,
 y otras tierras más lejanas,
 caerán al golpe mortal
 de las lanzas castellanas.

ESCENA II

Dichos y ALVARO DE ZÚNIGA, que entra por la verja del foro.

ALVARO

Aproximándose al grupo y en voz baja.

¡Grandes noticias he oído
 y os las vengo a relatar!
 De acuerdo con el valido,
 la reina quiere casar
 al rey con una princesa
 que es ornamento y florón
 de la corona francesa:
 doña Blanca de Borbón.
 Esto se dice en Sevilla...

Pero el rey no lo consiente,
 porque cada día siente
 más amor por la Padilla.

CASTRO

Ese amor la causa es
 por la cual el casamiento
 aconseja el portugués.
 Ve morir su valimiento
 y de todos desconfía...

CERDA

Mas él, ¿no fué quien unió
 al rey con doña María?

CASTRO

Él de tercero sirvió.
 Mas la que pensó que fuere
 su mejor apoyo, ha sido
 su ruina, y por eso quiere
 vengarse de ella el valido.

ALVARO

A la Guzmán ha apresado
 la reina, y en Talavera
 vengar con su sangre espera
 las ofensas del pasado.
 Y por tan justo motivo,
 dicen que inquietos están
 los hijos de la Guzmán.
 Don Enrique muestra altivo

sus recelos, preparando
por sus manos la justicia,
a sus parciales armando
en sus tierras de Galicia.
Y su maestrazgo dejó
don Fadrique. Aquí ha venido,
y al rey de todo enteró
para que esté prevenido.

SANCHO

¡Don Pedro le quiere bien,
y evitará, como pueda,
que a su madre le suceda
el mal que todos preven!...

CASTRO

¡Y además, doña María
de Padilla no dejara
que la reina consumara
venganza que es felonía!...

Aparecen por la galería del fondo don Fadri-
que y Pero López de Ayala, conversando
en voz baja.

ESCENA III

Dichos, DON FADRIQUE Y PERO LÓPEZ DE AYALA

SANCHO

Mas ¡silencio! Don Fadrique
aquí dirige sus pasos

con Pero López de Ayala,
el poeta, conversando.

Todos se vuelven.

CASTRO

Con razón reza el proverbio:
tras de la cruz, el diablo.
¡Lo que tiene de poeta
le falta a Ayala de honrado,
que si mide bien los versos,
mide, en cambio, mal sus actos!

Todos se inclinan ante don Fadrique.

¡El señor guarde los días
del maestro de Santiago,
para orgullo de su casa
y gloria de estos estados!

FADRIQUE

Saludando.

¡El cielo os guarde, señores!

SANCHO

Dejad, dejad que este anciano,
que al lado de vuestro padre
cayó herido en el Salado,
os bese con toda el alma,
señor maestro, la mano,
ya que de ella, por mortales,
indignos son estos labios!...

Le besa la mano.

ALVARO

Mas, señor, ¿cómo en Sevilla?

FADRIQUE

De Extremadura he llegado
ha dos horas, para ver
al rey don Pedro, mi hermano.

ESCENA IV

Dichos y BELTRÁN, que entra por la puerta izquierda.

BELTRAN

El rey, señores, os llama,
que quiere a todos mostraros
los gerifaltes, las joyas,
las armas y los caballos
que el rey moro de Granada,
le envió como regalo.

Los nobles saludan a don Fadrique y salen
por la puerta de la izquierda, cuyo tapiz
sostiene Beltrán.

FADRIQUE

A Beltrán.

Beltrán, dí a doña María
de Padilla que aquí aguardo
su venia, para ofrecerle
mis respetos.

BELTRAN

Saliendo por la primera puerta de la derecha.

(¡Así al paso
podré decir a Mencía
el fervor con que la amo!)

ESCENA V

DON FADRIQUE y PERO LÓPEZ DE AYALA

LOPEZ

Aproximándose, después de haberse con-
vencido de que están solos.

Decidme, pues, don Fadrique,
decidme ya ¡vive Dios!
¿qué contesto a don Enrique?
¿Se puede contar con vos?
Si en su bando os asegura,
a daros se compromete
medio reino...

FADRIQUE

¡Calla o vetel!

LOPEZ

Nuestra victoria es segura,
y aun haceros saber quiero
que para esta rebelión
Francia nos dará dinero,
y armas nos presta Aragón.

Insinuante.

Y hasta en la misma Sevilla
hay alguien que, sin cesar,
va afilando su cuchilla
para con ella vengar
de don Pedro los rigores...

FADRIQUE

¡Coro a la traición hacer,
eso es, Pero López, ser
más traidor que los traidores!

LOPEZ

¡Aceptad! ¡No andéis remisol
¡Medio reino!... ¡Es buen presente!

FADRIQUE

¡Calla, no vengas, serpiente,
a echarme del paraíso!
¡Lo que tu labio ofreció
es rico, rico manjar,
capaz, capaz de tentar...
a otro que no fuera yo!
¡Mas pierdes el tiempo en vano!
No iré con vosotros, pues
si don Enrique es mi hermano
también don Pedro lo es!...
¡Y puestos en igualdad
de afectos, mi corazón

Con misterio.

Indignado.

Sin hacer caso.

se queda con la lealtad
y rechaza la traición!

LOPEZ

Con voz baja y dejando caer con lentitud las
palabras.

Vuestra madre, en Talavera,
donde encerrarla le plugo
a la reina, acaso espera
la visita del verdugo.

FADRIQUE

Poniéndole la mano en la boca, violentamente.

¡Sella tus labios crueles!
¡Por librarla aquí llegué
tan raudo, que reventé
mis tres mejores corceles!

Lleno de esperanza.

Mas ¡nunca! El rey no podrá
consentir tal felonía...
Yo hablaré a doña María
de Padilla, y ella hará,
pues es buena y es clemente
—mi corazón no se engaña,—
que se borre de mi frente
la nube que ahora la empaña.
¡Parte y dile a don Enrique
que confíe en mi valor!...
¡Mientras viva don Fadrique
vivirá doña Leonor!

LOPEZ

Me iré, señor, de Sevilla
sin vos, mas os pesará...

FADRIQUE

¡Vete, que se acerca ya
doña María de Padilla!

Pero López se va por la galería del foro. Por la primera puerta de la derecha entra doña María de Padilla, seguida de damas y pajes. Beltrán sostiene el tapiz para que pasen.

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PADILLA, DON FADRIQUE, BELTRÁN,
MENCIA, damas y pajes. Todos estos últimos se retiran a la galería del fondo. Don Fadrique se inclina cortésmente.

MARIA

¡Perdonad, señor maestro,
que os hiciera aguardar tanto!
Estaba viendo una veste
de brocatel amaranto,
de oro y perlas recamada,
con un broche de rubí,
que ha enviado para mí
el rey moro de Granada.
Mas, ¿cómo en Andalucía,
don Fadrique?

FADRIQUE

Sabe Dios

que sólo vine por vos.
¡Mas antes, doña María,
de que os diga la razón
de mi viaje, dejad
que os bese manos que son
las manos de la piedad!

Se inclina y le besa las manos gentilmente.

MARIA

¡Bizarro sois y cortés!
Que no en vano los juglares
celebran con sus cantares
vuestra cortesía, y es
ya proverbial en Sevilla
la finura y el halago
del maestro de Santiago,
don Fadrique de Castilla...

FADRIQUE

Arrodillándose.

¡Mas arrodillado ahora,
vuestro afecto en mí no vea
al doncel que galantea,
sino a un hijo que os implora!

MARIA

Tendiéndole las manos y levantándole.

¡Contadme vuestro pesar...
Decidme, señor, en qué
mi ayuda os puedo prestar,
y mi ayuda os prestaré!

FADRIQUE

¡Supe que a doña Leonor,
mi madre, amenaza hoy
pena injusta, y aquí estoy
a implorar vuestro favor!
Que al rey le habléis para que
su piedad logre impedir
lo que mi temor prevé...
¡Es cuanto vengo a pedir!

MARIA

¿Se atreverán a intentar?

FADRIQUE

En voz baja.

Algo ha llegado a mi oído...
¡Todo se puede esperar
de la reina y del valido!

MARIA

Haré cuanto deseáis.

FADRIQUE

Todo lo espero de vos,
porque lo que vos no hagáis
sólo puede hacerlo Dios...

MARIA

En mí, señor, confiad.
Con el rey he de insistir
tanto, que he de conseguir
al cabo su libertad.

FADRIQUE

En vos confío su vida;
y en verdad no fío en vano,
pues estando en vuestra mano
sé que está bien defendida.

MARIA

Y ahora, a mi estancia, señor,
venid; venid a alegrar
un poco vuestro dolor
con las trovas de un juglar
que ayer de Provenza vino.

FADRIQUE

Rogad por vos no me hago.

MARIA

A los pajes.

¡Id señalando el camino
al maestro de Santiago!

Salen por la puerta del primer término de la derecha doña María y don Fadrique, precedidos de pajes y seguidos de las damas. Don Beltrán sostiene el tapiz, y al ir a salir Mencía lo deja caer, interponiéndose.

ESCENA VII

MENCÍA y BELTRÁN

BELTRAN

¡Teneos, doña Mencía!

MENCIA

¿Qué me queréis, don Beltrán?
 Mis compañeras se van,
 y no es buena compañía
 para una dama un galán
 de vuestro porte y valía,
 porque con razón dirán
 que Beltrán ama a Mencía,
 o Mencía ama a Beltrán.

BELTRAN

¡También pudieran decir
 que nos amamos los dos!

MENCIA

Y si eso dijeran, vos
 lo tendréis que desmentir,
 pues no es cierto.

Interrumpiéndole.

BELTRAN

¡Vive Dios!
 Eso me faltaba oír...
 ¿Conque mienten al decir
 que nos amamos los dos?

MENCIA

Mas ¿qué os habéis figurado?

BELTRAN

Yo no me figuro nada.

MENCIA

¿Alguna prueba os he dado?...
 ¡No os amo!

BELTRAN

¡Buena celada!
 ¡Lo que el labio me ha negado
 lo afirma vuestra mirada!...
 ¡Como os habéis figurado,
 yo... no me figuro nada!

MENCIA

Indignada.

¡Habrás visto atrevido!
 ¿Pues no dice que mis ojos?...

BELTRAN

Calmad, pues, vuestros enojos,
 que sólo, señora, os pido
 que me digáis: ¿Han mentido
 vuestros labios o los ojos?

MENCIA

Rub orosa.

Ambos a un tiempo... Los dos
 mintieron... ¡Voy a escuchar
 los cantares del juglar!
 La reina se acerca... ¡Adiós!

Se libra de Beltrán y se escapa por detrás del
 tapiz.

BELTRAN

¡Con vos me voy! Junto a vos,
¡qué dulces deben sonar
los cantares del juglar!...

Aparecen por la galería la reina y don Juan Alfonso de
Albuquerque.

Tras ella.

ESCENA VIII

LA REINA y DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE

ALBUQUERQUE

¡Reportaos, señora!

REINA

No es posible,
pues para el odio inexorable y ciego,
para el furor voraz e inextinguible
que abrasa mis entrañas con su fuego,
que emponzoña mis venas y me muerde
el corazón y el alma me devora,
¡son siglos cada instante que se pierde
y son eternidades cada hora!...
¡Tengo sed de su sangre!

ALBUQUERQUE

En Talavera
doña Leonor sus crímenes expía...
¿Qué más podéis hacer?

REINA

¡Quiero que muera!
¡Vos conocéis, don Juan, esta agonía!
¡De noche me desvela su recuerdo,
me hace saltar del lecho dando aullidos;
hasta hacerlos sangrar, los puños muerdo,
y desgarran las uñas mis vestidos!
¡Lanzan mis ojos trágicos destellos,
y rechinan de cólera mis dientes,
y silban y se agitan mis cabellos
como hambrientos manojos de serpientes!...
¡Tengo sed de su sangre!

ALBUQUERQUE

Mas, señora...

REINA

¡Toda su sangre entera no bastara
—ni la de todos los bastardos—para
saciar la inmensa sed que me devora.
Mi venganza será terrible y dura,
como ella fué... ¡Mi labio no ha apurado,
gota a gota, la copa de amargura
que ella con su veneno ha emponzoñado?
¡Copa por copa! Es justo que procure
que ella goce también sus embriagueces...
¡Ahora me toca a mí! ¡Que ella la apure,
como yo, toda entera!... ¡Hasta las heces!...

ALBUQUERQUE

Tened calma, por Dios... Yo veré modo

de que satisfagáis vuestros enojos
sin que nadie sospeche... El reino todo
tiene en doña Leonor puestos los ojos.
Presiente vuestro crimen y os espía...
Hay que buscar las sombras, como os digo...

REINA

¡No quiero sombras! ¡A la luz del día,
igual que el crimen fué, será el castigo!
¡No vió Castilla entera mi esperanza
morir entre sus manos prisionera?
¡Pues ahora que también Castilla entera
contemple su expiación y mi venganza!

ALBURQUERQUE

Mas no podemos, sin don Pedro, nada
intentar. Esperemos... Por ahora
nos es contraria la ocasión, señora.
La orden de muerte debe ser firmada
por el rey...

REINA

Sacando del seno un pergamino.

¡Basta el sello! ¡Aquí está el pliego!
Vos el sello tenéis... ¡Sellad!

ALBURQUERQUE

¡Oídme!
Esperemos aún... Más tarde... Luego...
Yo hablaré al rey...

REINA

Pero, don Juan, decidme:
¿tan segura tenéis vuestra privanza?
¡Este pliego, don Juan, ahora selláis,
porque mañana acaso no podáis
vuestra ayuda prestar a mi venganza!

ALBURQUERQUE

Anonadado.

Es verdad... Mi privanza se ha eclipsado.
Tan sólo falta que me digan: ¡vete!
que en las manos de un rey es un privado
lo que en manos de un niño es un juguete.
¡Y mañana pudiese la Padilla,
no solamente arrebatarme el sello
real, sino también segar mi cuello
bajo el golpe mortal de su cuchilla!

Se queda sombríamente pensativo.

REINA

Mostrándole el pliego.

¡Sellad, sellad, don Juan!

ALBURQUERQUE

Como huyendo de un fantasma.

¡Aparta! ¡Huye!
Tu sombra idolatrada y maldecida
pasa por las tinieblas de mi vida
como un ciclón que todo lo destruye...

Violentamente, acercándose a la reina.

¿Y tú me hablas de celos? ¿Tú de celos a mí, que por tu culpa atormentado, mil veces de furor me he revolcado escupiendo mi cólera a los cielos? ¡Tú de celos a mí, cuando he querido, para saciar la sed que me enajena, desenterrar su sombra del olvido, aullando de rencor como una hiena!... ¡Huye, aparta de mí! Fastasmas gimen en el aire... Me evoca tu figura nuestro crimen.

REINA

¡Pues bien, por ese crimen —si fué un crimen amarse con locura—, por ese fiero amor voraz y eterno, por este anhelo inextinguible y fuerte que nos ligó en la vida, y en la muerte nos ligará también en el infierno! Por tu sangre culpable, por la mía, que es más culpable aún, don Juan, te ruego...

ALBURQUERQUE

Fascinado.

¡Cállate, por piedad, doña María!... ¡Triunfe otra vez el mal... ¡Sellaré el pliego!...

Saca de la escarcela el sello y sella el pliego, entregándoselo a doña María.

REINA

Tomando el pliego.

¡Gracias, gracias, don Juan! ¡Mi vida entera

es tuya! Está en tus manos... Quien osara alzarse contra ti, mis furias viera... ¡y si mi propio hijo se atreviera, mi hijo por ti, don Juan, sacrificara! Sobre veloz corcel un escudero a Talavera volará. Le guía de mi venganza el acicate fiero... ¡Por fin, por fin, doña Leonor es mía!

Se va rápidamente por la segunda puerta de la derecha, agitando el pliego. Alburquerque la contempla inmóvil.

ESCENA IX

ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Ensimismado.

El crimen hecho está. ¡Calla, conciencia! Si no tuviste, no, valor bastante para oponerte al mal, ¿por qué ahora vienes con tus sordas palabras a hostigarme? La suerte echada está... Pues bien... Luchemos, y si caigo vencido en el combate, como un emperador moriré envuelto en un manto de púrpura y de sangre. ¡Ay de don Pedro, y ay de la Padilla si a mi destino opónense!... ¡Ya es tarde para retroceder! ¡Valor, conciencia! ¡Cállate de una vez! ¡Cállate, cállate!